



VIII

Parva domus, magna quies.

—No, no, Jack; no, hijo mío, querido; no tengas miedo, no volverás más á ese maldito colegio... Pegar á mi hijo; ¡se han atrevido á pegar á mi hijo!... Has hecho divinamente en escaparte... Ese miserable mulato te ha puesto la mano encima... ¿Acaso no sabe que por tu nacimiento, sin hablar de tu color, eres tú quien tenía derecho á darle de palos? ¿Por qué no se lo dijiste? ¿Por qué no le dijiste que tu madre

ha tenido mulatos para que la sirvan? Vamos, no me mires con esos ojos tan tristes. Ya te he dicho que no volverás más. En primer lugar, no quiero que te separes de mí. Voy á arreglarte aquí tu cuartito muy mono. Ya verás qué bien se está en el campo. Tenemos muchos bichos, gallinas, conejos, y una cabra, y un borriquito. Esta casa es el arca de Noé. . . . Y ahora recuerdo que no he echado de comer á mis gallinas. . . . !Tu llegada me ha emocionado tanto! . . . ¡Vamos! duermeme, descansa otro ratillo. Te despertaré para comer, pero antes toma un poco de caldo frío. Ya sabes lo que ha dicho el señor Rivals; para reponerte, no necesitas más que dormir y comer. . . . ¡Qué bueno está; no es verdad? el caldo de la tía Archambault! ¡Pobrecito mío— ¡cuánto me acuerdo de que, mientras yo dormía, andabas tú por esos caminos de Dios! . . . Es horrible. . . . ¿Oyes cómo me llaman las gallinas? Allá voy. Duérmete.

Se fué andando de puntillas, ligera, feliz, como siempre, encantadora, aunque un poco colorada por el airecillo del campo, y demasiado vestida con un traje campesino, con mucho terciopelo negro sobre tela lisa, y un sombrero de paja de Italia guarnecido de flores. Más niña que nunca, jugaba á vivir en el campo.

Jack no podía dormir. Las pocas horas de descanso que tuvo al llegar, su baño, el caldo de la tía Archambault, y, sobre todo, la maravillosa elasticidad de la juventud, su fuerza de resistencia, había podido más que su encorvamiento. Miraba en torno suyo, saboreando el bienestar de aquel medio ambiente tan tranquilo.

No era aquel el antiguo boulevard Haussmann, capitonado, guatado, ahogado. La habitación donde estaba

era grande, tapizada de claro y con muebles á lo Luis XVI, todos blancos y grises, sin ningún dorado. Fuera la tranquilidad del campo, el golpear de las ramas contra los cristales, el arrullo de las palomas en el tejado y el "¡pita, pita, pita!" de su madre, que subía del corral mezclado con los piídos y chillidos que se producen alrededor de un puñado de trigo.

Jack saboreaba la intimidad de aquel ligero tumulto producido entre el silencio que todo rodeaba. Se sentía feliz, descansado. Sólo una cosa le turbaba: el retrato de aquel D'Argenton que había enfrente de él, al pie de la cama, en una postura presuntuosa, despótica, con la mano puesta sobre un libro abierto, con los ojos claros y de mirada fría.

El niño pensaba:—¿Dónde está? ¿Dónde vive? . . . ¿Por qué no lo habré visto? Al fin, turbado por aquella mirada de fotografía que lo perseguía como una interrogación ó como una censura, se levantó y bajó en busca de su madre.

Esta estaba ocupada en cuidar y dar de comer á sus bichos, con su torpeza elegante, con guantes hasta el codo, el dedo meñique en el aire, el vestido levantado por un lado, enseñando una falda rayada y unas botitas con tacones muy altos.

La tía Archambault se reía de su torpeza, mientras ella echaba de comer á los conejos. La tía Archambault era la mujer de un guardabosque que iba á limpiar y á guisar á las Aulnettes, como llamaba en el pueblo la casa que habitaba la madre de Jack.

—¡Jesús, Dios mío, qué bonito es su hijo de usted! . . . dijo la campesina, entusiasmada por la aparición de Jack en el corral.

—¿Verdad que sí, tía Archambault?... ¿No se lo decía yo á usted?

—Pero ¡caramba!, se parece mucho más á su mamá que á su papá.... ¡Buenos días, hijo mío! ¿Quieres que te dé un beso?

Protó contra la cara del niño su pellejo de vieja salvaje, de ojos negros, que olía á la comida de los conejos. Al oír la palabra "papá," Jack levantó la cabeza.

—Puesto que no puedes dormir, vamos á ver la casa... dijo Ida, que se cansaba muy pronto de cualquier ocupación.

Soltó los recogidos de su falda é hizo visitar al niño aquella habitación original, situada á un tiro de fusil del pueblo, y que realizaba ese ideal de lo confortable en el aislamiento que quieren todos los poetas, pero que generalmente no lo ven realizado más que los tenderos.

El cuerpo principal se componía de un antiguo pabellón de caza que en sus tiempos fué dependencia de uno de esos grandes castillos de Luis XV, que abundan por aquellos sitios, pero que la repartición de la propiedad había emancipado, dejándolo fuera de los límites señoriales.

A aquellas piedras viejas se adosaba una torrecilla nueva con un palomar y una veleta, que acababa de dar á la casa el aspecto de antigua mansión señorial reformada. Visitaron también la quadra, los cobertizos y el verjel, un verjel inmenso que estaba tocando con el bosque de Senart. Lo último que vieron fué una torrecilla. Una escalera de caracol alumbrada con claraboyas de cristales de colores, conducía á una anchurosa habitación redonda, con cuatro ventanas ojivales, amueblada con un diván circular, forrado de tela argelina. Allí ha-

bían reunido algunas curiosidades artísticas: arca de roble, un espejo de Venecia, tapices antiguos y una cátedra de madera tallada del tiempo de Enrique II, colocada á guisa de sillón, delante de una enorme mesa de despacho llena de papelotes.

Por todas partes se descubría un magnífico paisaje de bosque, de valle, de río; paisaje variado desde cada una de las ventanas, unas veces limitado por un telón de hojas verdes, otras extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, lleno de aire, de luz.

—¡Aquí trabaja El! dijo la madre al llegar á la puerta, con acento de religioso recogimiento.

Jack no tuvo necesidad de preguntar quién era aquel "El" tan respetable.

A media voz, como si estuviese en un santuario, continuó diciendo, sin mirar á su hijo:

—Ahora está fuera, está viajando.... Volverá dentro de unos días.... Voy á escribirle diciéndole que has venido; se alegrará mucho, porque á pesar de su aspecto severo es el hombre mejor del mundo y te quiere mucho.... Tú también, hijo mío, debes quererle á él.... Porque si no, yo colocada entre vosotros dos, voy á ser muy desgraciada.

Y mientras hablaba así, contemplaba el retrato de D'Argenton, colgado en el testero principal de la habitación; un retrato iluminado, reproducción de la fotografía que había en la alcoba. La imagen del poeta se repetía en todas las habitaciones, sin contar un busto en bronce florentino que se erguía sobre un pedestal á la entrada del jardín; y, particularidad muy significativa, no había más retrato que el suyo en toda la casa.

—¿Me prometes, Jack mío, que lo querrás?... repitió la pobre loca, enfrente de la imagen severa y bigotuda.

El niño bajó la cabeza y contestó haciendo un esfuerzo:

—Te lo prometo.

Entonces ella volvió á cerrar la puerta y bajaron la escalera sin hablar una palabra.

Aquella fué la única nube de aquel día memorable.

¡Estaban tan bien los dos, los dos solos, en el gran comedor suntuosamente amueblado, en el cual la espesa sopa del puchero tenía cierto perfume de aristocrático capricho! Oíase á la tía Archambault, atareada en fregar los platos en la cocina. Alrededor de la casa el silencio, el delicioso silencio del campo, estaba rondando como misterioso guardián. Jack no dejaba de admirar á su madre. Ella también lo encontraba á él hermoso, crecido y muy desarrollado para tener once años; y se besaban, entre bocado y bocado, como dos enamorados.

Por la noche tuvieron visitas. El tío Archambault fué á buscar á su mujer, como todas las noches, porque vivían lejos, allá en la espesura del bosque. Le hicieron sentar en el comedor.

—¡Vamos, una copa de vino, tío Archambault! ¡A la salud de mi hijo!. . . ¿No es verdad que es muy guapo y que lo llevará usted algunas veces á recorrer el bosque?

—¡Pues ya lo creo que sí, señora D'Argenton!

Y mientras levantaba el brazo con la copa de vino, aquel gigante, rubio y tostado por el sol, el terror de todos los cazadores furtivos de la comarca, paseaba de

derecha á izquierda una mirada que la costumbre de vigilar de noche por entre las hojas y las malezas, había afinado de tal suerte y la había hecho tan movable, que ya no podía fijarse.

El nombre de Argenton, aplicado á su madre, hacía cosquillas á nuestro amiguito Jack. Pero como no tenía noción exacta de las dignidades, ni de los deberes de la vida, su ligereza de niño lo llevó bien pronto hacia otros pensamientos, hacia aquellas promesas de llevarlo á cazar, que el guarda reiteró antes de irse, mientras llamaba á sus dos perros, que dormitaban bajo de la mesa, y mientras colocaba sobre su crespo cabello la gorrilla de guarda rural, dependiente del Estado. Cuando el matrimonio se fué, oyóse rodar un coche lento, trabajosamente, por los guijarros de la cuesta.

—¡Toma! ¡Parece que es el señor Rivals! Conozco su caballo, que no anda nunca más que al paso. ¿Es usted, doctor?

—Sí, señora D'Argenton.

Era el médico de Etiolles, que, de vuelta de la visita, iba á ver qué tal iba su enfermito de por la mañana.

—¡Eh! ¿No le decía yo á usted que no era más que cansancio?... ¡Buenas noches, hijo mío!

Jack miraba aquella cara ancha, colorada; aquel hombrecillo rechoncho, encorvado, con una levita enorme, cuyos faldones le daban en los talones, con su cabellera blanca y alborotada, y aquel andar tambaleándose que lo adquirió en veinte años de mar, embarcado en calidad de médico de un vapor.

¡Qué aspecto tan bueno y tan leal tenía!

¡Ah! ¡Qué buenas gentes y qué feliz se sentía uno

en aquel medio ambiente franco y rústico, lejos del odiado mulato y del Gimnasio Moronval!

Cuando el doctor se marchó, echaron los gruesos cerrojos de la puerta. La obscuridad puso en derredor de las tapias su silenciosa barrera, y la madre y el niño subieron á la alcoba para acostarse.

Allí, mientras Jack se dormía, ella escribió á D'Argenton una carta larga para anunciarle la llegada de su hijo, y para tratar de enternecerlo hablándole del porvenir incierto de aquel niño, cuya respiración regular y tranquila oía ella allí, á su lado, detrás de la colgadura del lecho.

La madre no quedó un poco tranquila hasta dos días después que recibió una carta del poeta, fechada en la Auvernia.

Aunque enajada de reticencias y de alusiones á la debilidad de la madre y al carácter indómito del niño, la carta era menos terrible de lo que pudo esperarse.

En resumen: D'Argenton había pensado ya en los gastos enormes que producía la educación Moronval, y aunque desaprobando la escapatoria, convenía en que no era una gran desgracia, porque el colegio iba muy de capa caída. (¡Claro, desde que él no estaba allí!) Cuanto al porvenir del niño, corría de su cuenta; y cuando llegase, es decir, dentro de ocho días, ya vería lo que se debía hacer.

Jamás Jack, en toda la vida, ni de niño, ni de hombre, pudo encontrar ocho días como aquellos, tan hermosos, tan felices, tan llenos de satisfacciones. Su madre, ocupada exclusivamente de él; el bosque, el corral, la cabra y subir diez veces la escalera pisándole las faldas á su ída; ir donde ella iba, reír sin saber por

qué; su dicha, en fin, la dicha formada por una porción de alegrías menudas é inerarrables.

Luego tuvieron otra carta, y:

“Mañana llega”.....

Aun cuando D'Argenton había dicho que estaba dispuesto á volver á ver á aquel niño, á mostrarse bueno é indulgente con él, la madre no las tenía todas consigo, y quería preparar la entrevista. Así es que prohibió á Jack que montase con ella en el carujillo que salió á esperar al poeta á la estación de Evry. Ella le dió una lección penosa para los dos, como si hubieran sido cómplices de alguna falta imperdonable: “Te quedarás á la entrada del jardín....¿me entiendes?...No saldrás á su encuentro...Te esperarás hasta que yo te llame”....

¡Qué emoción para Jack!

Pasó aquella hora de espera en pasear por el jardín, mirando hacia la pedregosa vereda para ver llegar el carricoche.

Cuando esto sucedió, huyó, y escondido detrás de las grosellas, les oyó entrar en la casa, oyó la severa voz de “El,” sin vibraciones, y la voz de su madre, más dulce aún que de costumbre. “Sí, hijo mío.....No, hijo mío”.....

Por fin, se abrió una ventana de la torrecilla.

—Jack, sube de prisa.... puedes venir.

Su corazoncito latía al subir la escalera, tanto de ahogo como de temor; y en cuanto entró se halló mal preparado para una entrevista tan grave, asustado ante aquella pálida cabeza que se destacaba sobre el fondo obscuro de la madera tallada de la cátedra, embara-

zado ante el temor de su madre, que ni siquiera alargaba una mano á su timidez de niño.

Al fin balbuceó unos buenos días, y esperó.

El sermón fué corto, casi afectuoso, porque aquella su actitud de acusado distaba mucho de desagradar al poeta, el cual además se regocijaba de la jugarreta que el muchacho había hecho al director del colegio.

—Jack, dijo para concluir; es necesario ser formal, es preciso trabajar. La vida no es una novela. Creo en tu arrepentimiento, y si eres razonable, te querré y viviremos felices los tres. Ahora oye lo que tengo que proponerte: del tiempo que consagro á mis terribles luchas artísticas, quitaré todos los días una hora ó dos, destinadas á tu educación, á tu instrucción. Si quieres trabajar, yo me encargo de hacer de ti, del niño indisciplinado y ligero, un hombre como yo, bien templado para la batalla.

—¿Oyes, Jack? dijo la madre, á quien el silencio de su hijo ponía en cuidado. . . . Comprendes, ¿no es verdad? el gran sacrificio que nuestro amigo va á imponerse por ti?

—Sí, mamá. . . . murmuró Jack.

—Espera, Carlota, replicó D'Argenton. Es preciso, ante todo, saber si le agrada mi proposición. Naturalmente, yo no obligo á nadie.

—¿Qué dices, Jack?

Jack, asustado de oír que llamaban Carlota á su madre, no sabía qué contestar, y buscó en su mente, durante un rató, algo muy tierno, algo bastante elocuente para responder á tanta generosidad. A fuerza de buscar acabó por esconder su agradecimiento en un profundo silencio. Al ver esto su madre, lo empujó á

los brazos del poeta, el cual le concedió un verdadero beso de teatro, sonoro y frío, y todavía como quien reprime un movimiento de repulsión.

—¡Ah, querido mío, qué grande, qué bueno eres! . . . murmuró la pobre mujer, mientras el niño, despedido con un gesto, bajaba la escalera muy de prisa, para disimular su emoción.

En el fondo, la llegada de Jack á la casa iba á ser una distracción para el poeta. Pasada la alegría primera de la instalación, habíase pronto cansado de aquel vivir á solas con Ida, á quien llamaba ahora Carlota, en recuerdo de la heroína de Goethe, y también porque no quería dejarle nada de la antigua Ida de Baraney. Con ella se sentía solo: de tal manera su invasora personalidad se había impuesto á aquella desgraciada criatura, de inteligencia limitada y de carácter nulo.

Ella repetía sus palabras, se impregnaba de sus ideas, diluía sus paradojas en interminables charlas; de suerte que no hacían los dos más que uno, y esa felicidad que puede parecer el ideal de la felicidad en ciertas condiciones de vida, se había convertido en el verdadero suplicio de D'Argenton, demasiado batallador, disconfidor, controvertidor para darse por satisfecho con aquella aprobación permanente.

Al menos, ahora tendría alguien á quien contrariar, dirigir, morigerar, porque era mucho más pasante de escuela, que poeta; y en esas disposiciones agitadas de ánimo emprendió la educación de Jack con la puntualidad pomposa, la solemnidad metódica, que ponía en sus menores acciones aquel sempiterno oficiante de pontifical.

Al día siguiente, Jack, cuando despertó en su alee-

ba, vió sujeta al cristal de su espejo una tarjeta escrita con la correctísima letra del poeta, á la cabeza de la cual se leía en caracteres muy gordos:

REGLAMENTO.

Era un resumen de vida, un plan de estudios; el día dividido en una porción de casillas llenas de ocupaciones: "A las seis, levantarse.—De seis á siete, desayuno.—De siete á ocho, recitado.—De ocho á nueve...." Y así sucesivamente.

Los días, así reglamentados, se parecían á ventanas cerradas, cuyas persianas apenas si dejaban pasar por entre sus tabletas compactas el aire preciso para respirar y la luz suficiente para contentar la vista.

Ordinariamente, esos reglamentos no se hacen más que para faltar á ellos; pero D'Argenton tenía una severidad inaguantable que no soportaba la menor inexactitud. A eso se agregaba la manía del sistema, á la cual el antiguo profesor del colegio Moronval no había podido naturalmente sustraerse.

El sistema de D'Argenton, consistía en mezclar en la cabeza del principiante los más diversos conocimientos: el latín, el griego, el alemán, el álgebra, la geometría, la anatomía, la sintaxis, con todos los estudios elementales indispensables. Allá que la naturaleza apartase, clasificara y distribuyese luego todo aquello.

El sistema podría ser excelente; pero sea que resultase demasiado vasto para la inteligencia del niño, sea que el profesor no tuviese habilidad bastante para aplicar sus teorías, ello es que Jack no sacó ningún provecho. Sin embargo, estaba bastante adelantado para su edad,

y más inteligente, á pesar de su descosida educación, de lo que generalmente se es á los once años. Pero lo que había de confuso, de trastorno en sus primeros años de estudios, se complicaba ahora con el sistema aglomerador de su nuevo maestro. Además sentíase aterrado ante aquel personaje imponente; y, sobre todo, la naturaleza lo turbaba y llegaba á absorberlo por completo.

Transportado de pronto, desde el patinillo húmedo del horrible Pasaje de las Doce Casas, al campo, sentíase invadido por la visión de la naturaleza y por su contacto perpetuo.

Cuando, en las mejores horas de la tarde, se encontraba en la torrecilla delante del profesor y de los libros, abismado sobre un enorme cuaderno, cuyos renglones le daban vueltas, sentía locos deseos de escaparse, de mandar al diablo algún artículo del reglamento.

Mayo florido enviaba á las ventanas abiertas, sus perfumes; el bosque se engalanaba de verde, y Jack interrumpía la lección para seguir el vuelo de los pájaros que iban de rama en rama, ó la marcha rojiza que una ardilla, al pasearse, marcaba sobre el sombrío follaje de los enormes nogales. ¡Qué suplicio tan grande era declinar "Rosa, rosae, la rosa," en varios idiomas, mientras la naturaleza florecía en derredor! No pensaba más que en aquello, en estar al aire libre, al sol....

—¡Este chico es idiota! exclamaba D'Argenton cuando á sus preguntas, á sus argumentos contestaba Jack con los ojos espantados, como si se precipitase para contestar, desde las cimas de los árboles que estaba contemplando, ó desde aquella nubecilla que corría á

lo lejos. Su elevada estatura, demasiado desarrollada para su edad, contribuía también á darle apariencias de asustado. Y toda la severidad del poeta no servía más que para dificultar y entorpecer el impotente esfuerzo que hacía su memoria.

Al cabo de un mes declaró que renunciaba á enseñarle, que él gastaba inútilmente su tiempo precioso, robado á ocupaciones serias. En realidad, no lamentaba arrancarse él también á las múltiples exigencias de aquel reglamento de hierro que lo había esclavizado y aprisionado tanto como al niño. Por su parte, Ida, ó más bien Carlota, aceptó perfectamente la idea de que Jack era un inepto, una inteligencia obtusa; prefería creerlo á presenciar las escenas dolorosas, los arrebatos de cólera, las lágrimas finales de aquella educación tan difícil.

Adoraba la tranquilidad ante todo, y deseaba que estuviesen contentos todos los que hubiera á su alrededor. Sus puntos de vista, estrechos como su inteligencia, no iban nunca más allá del día, y cualquier porvenir le habría parecido caro si había que conseguirlo á costa de su tranquilidad inmediata.

Ya supondréis que Jack sintióse feliz al verse libre de aquel reglamento implacable: "A las seis, levantarse.—De seis á siete, desayuno.—De siete á ocho, etc. . ." El tiempo le pareció más largo, más alegre. Como había comprendido perfectamente que en la casa estorbaba, y lo había comprendido por la manera que su madre tenía de besarlo, por la voz que adoptaba para hablarle delante de "El," se escapaba de allí los días enteros, con ese desdén absoluto que tienen á las horas los niños y los vagos.

Tenía dos buenos amigos, el guarda y el bosque. Por la mañana temprano se iba, llegaba á la casita del matrimonio Archambauld, precisamente en el momento en que la mujer, antes de salir para casa de los "parisienses," servía el almuerzo de su marido en la sala limpia y fresca, empapelada de verde claro, que representaba cien veces seguidas, delante del mismo cazador en acecho, el mismo conejo que huía. De allí pasaba á la cuadra, donde se hallaban los perros, cuyos aullidos, ladridos y saltos se repetían sin cesar delante de la puerta formada de barrotes, hasta que al abrir ésta, aquella multitud de hocicos cortos, largos, partidos, de orejas tiesas, caídas, regulares, se dispersaban por todos los rincones del corral en su primer transporte de dicha y de libertad.

¡Y qué saltos, qué posturas naturales adoptaban lejos de la cazolilla común y de la paja de la perrera! Los daneses, con manchas amarillentas, tan fácilmente domados y sometidos, los zarcerillos con sus patas tuertas, hechos para devorar el rastro del cual parece formar parte su propio cuerpo, recogido en el vértigo de la carrera; los galgos, alagartados, desgarrados, de pelos largos que les cubren los ojos, sedosos, aterciopelados y con movimientos que parecen caricias, y los "sluguis" de Africa, algo grandes y demasiado lujosos para la caza, y los lebreles heráldicos, todas las especies se encontraban representadas allí. Con mucha gravedad, el tío Archambauld ejercitaba á sus discípulos, con el collar de fuerza, los castigos á latigazos y esas severidades de la vista tan eficaces para ciertas bestias que las doman, las aplastan, las hacen echarse al suelo, atemorizadas y temblorosas. Jack pensaba algunas ve-

ces al ver á un rebelde: "He ahí uno que no entiende el sistema," y se lo hubiera querido llevar al bosque, hacerle participar de aquella libertad hermosa al aire la cual le daba á él tanta superabundancia de vida.

¡Se sentía tan contento Jack, tan orgulloso de acompañar al guarda á través del bosque, de caminar al lado de aquel hombre terrible, temido en toda la comarca, y al cual su carabina, puesta á la bandolera daba una fisonomía verdaderamente belicosa!... Con él, veía un bosque especial lleno de vida y habitado, que los profanos no conocen. En vez de esas huídas espantadas por entre las hojas, de esos ruidos opacos debajo de las yerbas, que apagan los pasos de cualquiera, gozaba del espectáculo tranquilo de los animales que iban y venían libremente á sus quehaceres, á sus diversiones. Unas veces era la hembra de un faisán, escolpada por sus polluelos, picoteando en los nidos de hormigas esos huevecillos blancuzcos tan grandes como perlas que se amontonan al pie de los árboles; ó cervatillos comiéndose los brotes nuevos, cruzando por los senderos con el ojo espantado, las patas extendidas, más divertidos que temerosos. Luego las liebres corriendo por los sembrados, los conejos, las perdices.

Detrás del frágil telar de las ramas nuevas, entre las cuales los oxiacantos en flor echaban sus hermosos ramos de altar, enteramente blancos y perfumados, aquellas vidas se agitaban, circulaban mezcladas á la sombra de las altas cimas. El guarda vigilaba las madrigueras, los huevos; mataba los bichos perjudiciales, las víboras, las nracas, las ardillas, los topos. Le daban un tanto por cabeza ó por cola de aquellos animales dañinos, y cada seis meses llevaba á Corbeil, á la subpre-

fectura, toda una colección de "detritus" polvorientos y secos, con los cuales todos los días iba llenando un sacco. ¡Ah! ¡Si hubiera podido meter también la cabeza de todos los leñadores furtivos del bosque! Y es que el tío Archambauld quería aún más á los árboles que á sus animales. Una cabra puede reemplazarse; para cada faisán que muere, nacen mil á la primavera siguiente. Pero un árbol, ¡tarda tanto en crecer!

Así es que los cuidaba mucho, les espía hasta sus más insignificantes enfermedades. Había, entre otras cosas, todo un plantío de abetos atacado por los "bactrichs" que lo ponía muy triste. Esos "bactrichs" son unos gusanillos muy pequeños, que no sabe de dónde vienen, por millares, en apretadas filas; eligen el árbol más fuerte, el más hermoso, el más sano, y lo toman por asalto. Para luchar contra esas terribles invasiones, el abeto tiene su resina, y con toda su fuerza de árbol, con ese jugo de su savia que al correr se le lleva un poco de su vida, procura resistir al enemigo. Esparce torrentes de resina sobre el "bactrichs" y sobre los huevecillos depositados en la fibra de su corteza, y se agota y se seca en esa lucha, casi siempre inútil. Jack se interesaba mucho por la suerte de aquellos pobres árboles; veía chorrear, durante el combate, aquel sudor oloroso, aquellas lágrimas vegetales difíciles de caer, color de ámbar purísimo lleno de reflejos. A veces, el abeto conseguía escapar del desastre, pero generalmente perecía, se agrietaba, y un día, aquel coloso coronado de cantos de pájaro, de vuelos de abeja, lleno de los murmullos de las existencias que albergaba y del soplar del aire en sus ramas vigorosas, adquiría el aspecto de un árbol quemado por el rayo, y se venía por fin abajo;

dejando allá en lo alto el vacío de un hundimiento.

Las hayas tenían otro enemigo, una especie de gorgojos de color de bermellón, también casi imperceptibles, y tan numerosos, que cada hoja del árbol tenía su gusano, una picadurilla de un color rojo muy encendido. Desde muy lejos, aquella parte del bosque, aquellas ramas coloreadas por un otoño anticipado, una muerte precoz, tenía el aspecto de una salud fingida, las enfermedades rosetas que animan la tez de los físicos; el tío Archambaud los miraba moviendo tristemente la cabeza, como hace delante de ciertos enfermos un médico cuando pierde la esperanza.

Durante sus excursiones por el bosque, el guarda y el niño no se hablaban; iban impresionados por la gran sinfonía de los bosques. El viento, según las esencias de los árboles que sacudía, se transformaba en quejido y en aliento. Cuando pasaba por los pinos, parecía rígido del mar, un silbido largo y prolongado; cuando sacudía los abedules, un chis chas, un paloteo tembloroso, que dejaba las ramas inmóviles, pero pesaba sobre las hojas en mil notas metálicas; y de las orillas de los estanques, muy numerosos en aquella parte del bosque, salían dulces razonamientos, el refregón de las cañas inclinando una hacia la otra sus largas lanzas satinadas. Por encima de todo esto, la risa estridente de los picos, los picotazos de los picoverdes, el chillido melancólico de los cucú, todos esos ruidos vagos que suben de una superficie de cuatro ó cinco leguas de hojas. Jack tenía siempre en los oídos esos ruidos deliciosos, y le agradaban.

Pero recorriendo así todo el día el bosque en compañía del guarda, se habían hecho muchos enemigos. Había allí, en las lindes del bosque, una población de ca-

zadores y leñadores furtivos, á quienes la vigilancia de Archambaud hacía muy dura la vida, y que le profesaban un odio mortal.

Cobardes y astutos, cuando lo encontraban por el bosque, lo saludaban quitándose el sombrero, y el niño participaba del saludo; pero cuando Jack iba solo, todos le enseñaban los puños. Había, sobre todo, una vieja alta, llamada la tía Salé, la cual con su cabeza hundida, su piel de salvaje roja como el polvillo de las canteras, con los labios finos y metidos hacia adentro, perseguía á Jack hasta en sueños. Cuando se separaba del guarda á la puesta del sol para volver á su casa, encontraba siempre en un recodo del camino á la vieja ladrona, cargada con su haz de leña como ese Nicodemus fantástico que se hace ver á los niños en la luna, atravesando la luz con su silueta de demonio tostado al fuego. La vieja lo esperaba sin moverse, y dejaba pasar al niño, que se violentaba para no correr; entonces, con voz lánguida y con la pronunciación vulgar de la gente de la isla de Francia, le gritaba:

—¡Eh, tú, bribón!... ¿Por qué vas tan de prisa? Bien te he visto... ¿Creés que no? Espérame un poco, y verás cómo te arranco la nariz con mi zarpa...

Y se levantaba y se entretenía en asustarlo, en cazarlo, como ella decía, fingiendo perseguirlo, con la zarpa levantada. Jack oía sus pasos precipitados, el rozar del haz de leña contra el suelo, y volvía á su casa sofocado, sin respiración. Pero esos terrores no hacían más que dar poesía al bosque, añadiendo á su grandeza la misteriosa atracción del peligro.

Al volver de sus correrías, Jack encontraba á su madre hablando en voz baja en la cocina con la mujer del

guarda. Un profundo silencio reinaba en la casa, alterado solamente por la péndola del reloj grande que había en el comedor. El niño besaba á su madre, la cual le hacía una seña con la mano.

—¡Chist... Calla... Está arriba... trabajando.

Jack se sentaba en un rincón, se entretenía en mirar al gato que se estiraba al sol, ó al busto del poeta cuya sombra se alargaba majestuosamente sobre la hierba. Con la torpeza propia de los niños que tienen ganas de hacerruido, precisamente porque no deben de hacerlo, siempre tiraba algo, movía la mesa, tropezaba con las pesas del reloj, con esos movimientos inconscientes que esas pequeñas existencias exuberantes hacen á cada instante.

—¡Calla, hombre!... repetía Carlota; y la tía Archambault, al poner la mesa, tomaba todo género de precauciones, andando sobre la punta de sus enormes pies, que no tenían puntas, encorvando cno esfuerzo su ancha espalda, andando hacia atrás, pálurda, torpe, pesada, para no molestar "al señor que estaba trabajando."

Trabajaba.

Oíase allá arriba, en la torrecilla, medir con mesurado paso sus reflexiones ó su fastidio, mover el sillón, empujar la mesa. Había empezado su "Hija de Fausto" y se encerraba durante todo el día con aquel título, discutiendo allá en un tiempo, pero el cual no estaba todavía justificado ni por una sola línea escrita. Y sin embargo, tenía todo lo que había soñado, tranquilidad, campo, soledad, un magnífico cuarto de trabajo. Cuando se cansaba del bosque, de aquel reflejo verde que daba en los cristales, no tenía más que volver un poco el sillón, y se encontraba frente de los azules variados, ilimitados,

del agua, del cielo, del horizonte. Todo el aroma del bosque, toda la frescura del río llegaban á él directamente; y el ruido del viento en las ramas, los murmullos del agua, del vapor, acentuaba aquella gran tranquilidad de la naturaleza y la ensanchaba en derredor suyo. Nada le estorbaba ni lo distraía; sólo allí, por encima de su cabeza los piidos de los pichones que tenían sus midos en el palomar, y el "rrrrrrú" acariciador con el hincharse de sus cuellos matizados.

—¡Dios mío, qué bien se está aquí para trabajar! exclamaba el poeta.

Y en seguida cogía la pluma, abría el tintero... Pero nada, ni una línea. Las cuartillas continuaban en blanco, vacías de palabras como el pensamiento; y los capítulos, designados con anticipación—porque la manía de los títulos no dejaba de perseguirlo,—se esparcían como si fueran jalones numerados en un campo olvidado por el labrador. Estaba demasiado bien, tenía demasiada poesía en derredor suyo, lo ahogaba el exceso del ideal y de bienestar establecido.

Figuraos lo que es habitar un pabellón de Luis XV, en las lindes de un bosque, en esa comarca encantadora de Etiolles, á la cual se une el recuerdo de la Pompadour con lazos de cintas de color de rosa y de broches de brillantes; tener todo lo que se necesita por hacerse poeta y poeta notable: una querida adorada encantadora, á la cual sentaba muy bien el nombre romántico de Carlota; una tribuna Enrique II, á guisa de sillón para favorecer el estudio severo y recogido; una cabrita blanca llamada Dalti, que lo seguía en sus pasos, y, un antiguo reloj de música esmaltado, cuya música dulce y

sentida parecía salir del pasado, y evocar imágenes melancólicas de tiempos evaporados.

Era demasiado, muy demasiado; y el pobre rimador se veía tan estéril, más desprovisto de inspiración, que cuando después de todo el día dando lecciones se encerraba en su guardilla.

¡Oh! qué horas más largas de fumar la pipa, de vagancia, de dormitar sobre el sofá, de estar de pie delante de las ventanas, de aburrimiento...

Cuando se oían los pasos de Carlota en la escalera, se sentaba apresuradamente delante de su mesa, con la cara absorta, crispada, la mirada perdida en una ausencia de expresión que también podía ser muy bien soñar.

—¡Adelante! contestaba al tímido golpecito dado en la puerta.

Carlota entraba, fresca, alegre, con los brazos al aire y tan campestre, que los polvos de arroz puestos en la cara, parecían harina escapada de algún molino de zarzuela.

—¡Vengo á ver á mi poeta! decía al entrar.

Tenía una manera de pronunciar la palabra "poeta," que le llenaba la boca.

—¿Cómo va eso? ¿Estás satisfecho?...

—¡Satisfecho!... ¿Acaso en esta horrible profesión literaria, que es un perpetuo esfuerzo del espíritu, se puede estar jamás satisfecho?

Se enfadaba, su voz se volvía irónica.

—Es verdad, hijo mío... no quería más que saber si tu "Hija de Fausto"...

—¿Qué? ¿Qué hay con mi "Hija de Fausto?"... ¿Sabes cuántos años tardó Goethe en escribir su "Fausto?"... ¡Diez años!... Y para eso vivía en plena co-

municación artística, en un medio intelectual. No estaba como estoy yo, condenado á la soledad del pensamiento, la peor de las soledades, que conduce á uno á la inacción, á la contemplación, á la nada de toda idea.

La pobre mujer oía y callaba. A fuerza de oír repetir las mismas frases á D'Argenton, había comprendido los reproches que para ella envolvían sus palabras. El tono del poeta significaba: "No eres tú, pobre bestia, quien reemplazará el medio ambiente que me falta, ese roce del espíritu del cual brota la chispa..." La verdad era que la encontraba estúpida y se aburría con ella tanto como cuando estaba solo.

Sin darse de ello cuenta, lo que le había seducido en aquella mujer era el cuadro en el cual la conociera, la admirara, el lujo que la rodeaba, el hotel del boulevard Haussmann, los criados, el coche, la envidia que causaba á los demás bohemios la posesión de semejante querida.

Ahora que sabía que era de él solo, toda suya, que la había transformado, bautizado de nuevo, le había hecho perder la mitad de sus encantos. Estaba, sin embargo, muy bonita, embellecida por el aire del campo que sentaba tan bien á su belleza lujuriosa. Pero, de qué sirve tener una querida bonita, si nadie la ve cogida de vuestro brazo? Además, no entendía una palabra de poesía, prefería los chismes de vecindad; no tenía, en resumen, nada de lo que era necesario para enamorar á aquel poeta impotente y distraerlo del incommensurable fastidio en que la ociosidad y el aislamiento lo tenían sumido.

Era cosa de verlo por la mañana, atisbando la llegada del cartero con los tres ó cuatro periódicos á que se ha-

bía subscripto, y cuyas fajas de colores rompía con tanto apresuramiento como si esperase encontrar en aquellas columnas alguna noticia que le concerniese, como por ejemplo, la crítica de la obra teatral que tenía en cartera, ó la bibliografía del libro que pensaba escribir. Y leía todos aquellos periódicos sin dejar una línea, hasta el pie de imprenta. Y encontraba siempre en ellos motivos para encolerizarse y asunto para las triviales conversaciones en la hora de almorzar.

Los demás tenían suerte. Les ponían en escena obras. ¡Y qué obras! Les editaban libros. ¡Qué libros! Mientras que él nada, siempre nada. Lo peor es que los asuntos están en el aire, que cada cual los respira y los traduce, y, por consiguiente, los primeros que pisa destruyen todo el trabajo de los demás. No pasaba una semana sin que le robaran una idea.

—¡Mira, Carlota! Han estrenado ayer en el teatro Francés otra comedia de Emilio Augier. . . Enteramente mis "Manzanas de Atalante."

—Pero, ¿eso no es una infamia? . . . ¡Te han robado tus "Manzanas!" Yo le escribiré á ese señor L'Augier decía la pobrecilla Carlota verdaderamente indignada.

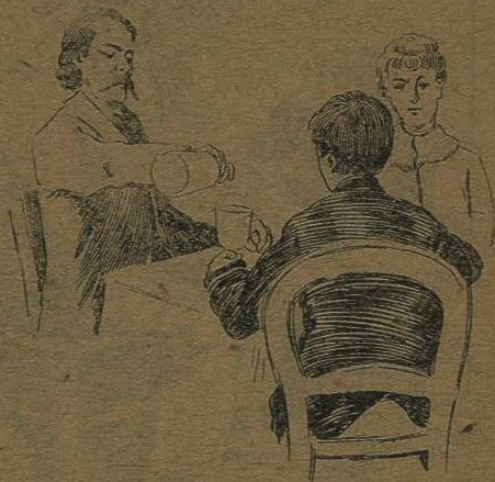
Y él con gran amargura:

—Eso tiene el no vivir allí. . . Cualquiera le quita á uno el sitio.

Parecía que formulaba un reproche contra ella, como si no hubiera sido la ilusión de toda su vida el tener un retiro en el campo. Las injusticias del público, la venalidad de la crítica, todos los rencores de los impotentes los formulaba en frases pedantescas y frías.

Durante aquellas comidas aburridísimas, Jack no hablaba palabra, se encogía como si quisiera hacer que ol-

vidasen su presencia, y sustraerse á aquel perfecto mal humor. Pero á medida que D'Argenton se irritaba más, despertábase su sorda antipatía contra el niño: y el temblor de su mano cuando le echaba de beber; el fruncimiento de sus cejas cuando lo miraba, advertía al pobre Jack la existencia de aquel odio, que no esperaba más que un motivo cualquiera para estallar.





Jack lo miraba cortar su pan á grandes rebanadas.



IX

Primera aparición de Relisario.

Una tarde que D'Argenton y Carlota habían ido á Corbeil, impulsados por esa necesidad de cambiar de sitio que persigue á todos los desocupados, Jack, que se había quedado solo con la tía Archambault, tuvo que renunciar á salir al bosque, porque amenazaba un gran temporal.

El cielo, un cielo de Julio, cargado con espesos vapores, se iba obscureciendo por el borde de aquellas nubes donde oíanse sordos truenos; y el valle, ennegrecido, mudo, desierto, tenía esa inmovilidad de la espera que